

CAPÍTULO II

LAS NUEVAS RELIGIONES

§ I.—La religión natural.

N.º 1. — Volney.

Los filósofos del siglo XVIII, aunque hacían una guerra á muerte al cristianismo, no creían dejar al hombre sin regla y sin ley; los unos, los espiritualistas, querían reemplazar la antigua religión con la religión natural; los otros, los materialistas, desterraban toda idea de religión, pero conservaban la moral. Estas tendencias diversas se encontraban en la Revolución francesa. Las esperanzas ilimitadas que los librepensadores habían concebido del porvenir de la humanidad parecían realizarse como por encanto en el 89. ¿No era el momento aquel en que se proclamaban los derechos del hombre, derechos que recibió de la naturaleza, para formular también los principios, sea de la Religión, sea de la moral, tales como proceden de la naturaleza? Los hombres de la Revolución lo pensaron así, y primeramente se pusieron á trabajar en ello los espíritus filosóficos. No podía tratarse aún de decretar, en nombre de la nación, una nueva religión. La Asamblea nacional, compuesta en su cuarta parte de sacerdotes, contempló á la religión católica y trató de conciliarla con los principios del 89. Sus decretos sublevaron á las

clases privilegiadas contra la Revolución, y no contentaron á los discípulos de Voltaire y de Rousseau. No tomaron por lo serio este cristianismo blanqueado, y se pusieron á trabajar para construir un nuevo edificio, para una humanidad nueva.

El número de tratados, de sermones, de catecismos, que después del 89 exponen las máximas de la Religión natural, es muy grande. No hay que decir que los católicos tuvieron lástima de esos escritos. Los constitucionales mismos, y el más célebre de todos, el abate Gregoire, se complacieron en ridiculizar la idea de una religión nueva (1). Hacemos constar el hecho, porque atestigua cuán alejados estaban del movimiento filosófico los más avanzados de entre los galicanos; para los constitucionales como para los ortodoxos viejos, el cristianismo era la última palabra de Dios, y las puertas del infierno no pueden prevalecer nunca contra él. Este desdén hacia la religión natural ha ido aumentando desde que las tentativas religiosas, he-

(1) El abate GRÉGOIRE, *Historia de las sectas religiosas*, t. 1, página 370 y siguientes.

chas durante la Revolución, han fracasado tan miserablemente; nuestros católicos modernos juzgan estos vanos ensayos desde lo alto de su grandeza; los condenan únicamente porque están en oposición con su verdad absoluta. Ateniéndose á las apariencias, tienen razón para triunfar; pero si se mira al fondo de las cosas, ¿no se hallarán hasta en los templos cristianos muchos fieles que se arrodillan ante Cristo, y que en realidad son sectarios de la religión natural? ¿Qué sería si dejando la Iglesia oficial recorremos las innumerables sectas del cristianismo reformado y las escuelas de los librepensadores? Allí también descubriremos, unas veces bajo un nombre, otras bajo otro, la *religión natural* del siglo XVIII.

Hay un trabajo más interesante que hacer y que podrá dar que pensar á los ortodoxos mismos. No es el hecho accidental ó pasajero lo que gobierna el mundo, son las ideas. ¿Qué importa que tal religión, que tal Iglesia triunfe hoy, si sus creencias no son ya las de la humanidad? ¿Qué importa que tal doctrina filosófica ó religiosa no haya llegado á constituirse en culto? Si responden á las aspiraciones del espíritu humano, concluirán por triunfar de la religión del pasado que se muere en Roma en medio de las ruinas. Vamos á poner frente á frente las creencias que desde ahora existen en la conciencia humana y el *Catecismo del ciudadano francés* de Volney. Ó mucho nos equivocamos, ó este catecismo, todo imperfecto como es, responde mucho mejor á nuestros sentimientos y á nuestras necesidades que el catecismo romano.

El catolicismo se jacta de su universalidad, y después de veinte siglos, está aún en minoría en la tierra. Fuera de las poblaciones de raza germánica, no hace conquista alguna, y en el seno de los pueblos civilizados pierde diariamente; los que gana casi no pueden contarse, porque no los gana sino cegando su inteligencia. La ley natural, al contrario, es realmente *una y universal*. "Es común á todos los tiempos y á todos los países, dice Volney, mientras que ninguna otra religión conviene, ninguna es aplicable á todos los pueblos de la tierra; todas son locales y accidentales, nacidas de circunstancias de lugar y de personas." Cambiando estas circunstancias de un día á otro, las religiones deben también cambiar; si permanecen inmutables, como pretende el cristianismo tradicional, tropiezan á cada paso con imposibilidades;

se estrellan, ó se ven obligadas á transigir, á modificarse, aunque aparenten continuar siendo las mismas. No sucede otro tanto con la religión natural, porque no procede de tal hombre, ni de tal tiempo, ni de tal país, procede de Dios. En efecto, ¿qué es la *ley natural*? "Es el *orden regular y constante* de los hechos por el cual Dios rige el universo; orden que su *sabiduría* presenta á los sentidos y á la razón de los hombres, para servir de regla igual y común á sus actos, y para guiarlos, sin distinción de país ni de secta, hacia la perfección y la felicidad."

Comprendida de este modo, la ley natural es el tipo de todas las demás, ó, como decía Diderot en su expresivo lenguaje, las religiones positivas son herejías de la religión natural. "La primera cualidad de la ley natural, dice el *Catecismo del ciudadano*, es la de ser inherente á la existencia de las cosas; por consiguiente, la de ser *primitiva* y anterior á toda otra ley: de modo que todas las que han recibido los hombres no son más que imitaciones de aquella cuya perfección se mide según su semejanza con ese modelo primordial." Es cierto que el catolicismo tiene la misma pretensión; se dice idéntico á la ley de Moisés, que no es más que la figura del Evangelio, y el mosaísmo remonta por los patriarcas hasta la primera revelación que Dios da á Adán. Pero esta pretensión soberbia no es más que una ficción creada para las necesidades de la defensa. Los títulos en los cuales funda el cristianismo su origen divino y su universalidad son falsos; es una revelación imaginaria que no tiene más base que la ignorancia y la credulidad de los pueblos, y casi siempre el fraude y la mentira.

La ley natural no tiene necesidad de recurrir á falsos títulos, no necesita apelar á la ciega credulidad de los hombres, porque no es milagrosa, sino *razonable*. "Sus preceptos, dice Volney, y toda su doctrina son conformes á la razón y al entendimiento humano." Esta es, añade el *Catecismo del ciudadano*, una cualidad que distingue la religión natural de todas las religiones. "Todas contrarían la razón y el entendimiento del hombre, y le imponen con tiranía una creencia ciega é impracticable. ¿Hay algo más opuesto á la naturaleza? ¿No ha dado Dios al hombre la razón para que se sirva de ella libremente? Sin embargo, este uso de una facultad divina era tratado de *locura* y de cosa *monstruosa* por el jefe de una Iglesia que pretende

ser vicario infalible de Dios en el momento en que Volney escribía. Había *locura*, pero era de parte del papa; había algo de *monstruoso*, pero era la pretensión de un hombre, débil criatura, á la infalibilidad. El primer origen de estos errores es la creencia funesta de una revelación sobrenatural, cuyo depósito tiene la Iglesia. De ahí la intolerancia, la persecución, las hogueras de la Inquisición, las guerras llamadas sagradas. Lo que caracteriza, al contrario, la ley natural es que es pacífica y tolerante. Volney dice que es tolerante, porque considera á todos los hombres como hermanos é iguales en derechos, y por consiguiente aconseja á todos la paz y la tolerancia hasta para sus errores. En la apariencia, el cristianismo usa el mismo lenguaje. Pues qué, ¿Volney lo calumnia cuando añade que todas las religiones "buscan la disensión, la discordia, la guerra, y que dividen á los hombres por medio de pretensiones exclusivas de verdad y de dominación?" No, el Evangelio no predica la división y la guerra; ¿por qué, pues, el cristianismo ha cubierto el mundo de sangre y de ruinas? Porque la idea de una revelación milagrosa ha viciado al Evangelio y ha servido de pedestal á una Iglesia ambiciosa para fundar el imperio más tiránico que ha existido jamás.

Hasta ahora la religión natural tiene una superioridad incontestable sobre las religiones positivas. Pero los sectarios del Dios celoso de los cristianos pretenden que la ley natural equivale al ateísmo. En su obcecado celo, no reflexionan que su acusación implica una contradicción, mejor dicho, una calumnia. No perdonan á Volney; éste responde de antemano en su *Catecismo*: "No es cierto, dice, que los sectarios de la ley natural sean ateos. Al contrario, tienen de la divinidad ideas más firmes y nobles que la mayor parte de los demás hombres, porque no la manchan con la mezcla de todas las debilidades y de todas las pasiones de la humanidad." Es cierto que Volney no enseña ningún misterio; no sabe nada de las personas divinas, no pronuncia la palabra trinidad. ¿Saben más los cristianos por haber fatigado su inteligencia durante tantos siglos en penetrar la naturaleza de un ser que es impenetrable, pues que lo finito no llegará nunca á conocer lo infinito? ¿Qué resultado han dado las profundas especulaciones de la teología? Legitimar una supers-

tición nueva, la del Hombre-Dios, lo que de hecho ha conducido á un nuevo paganismo.

Los ortodoxos censuran la ley natural porque no enseña qué culto hay que prestar á Dios. Entendámonos. Si, la ley natural no sabe nada de los sacramentos: no hace creer á los hombres que el niño al nacer es presa del demonio, y que si muere antes de haber sido exorcizado por el bautismo, está condenado por la única razón de que descien- de de Adán. La ley natural no da á Dios á los hombres para que se lo coman y beban. No les enseña que yendo á confesarse y comulgar ó legando sus bienes á algún convento se rescatarán de las consecuencias de sus pecados. No les dice que deben ir á la iglesia los domingos y abstenerse de comer carne los viernes. No quiere que se hagan unguir antes de morir, y no atribuye ningún bien espiritual á que sus huesos descansan en una tierra bendecida. La ley natural ignora todo esto. ¿Quiere eso decir que no nos enseña cómo es preciso honrar á Dios? Volney contestará á nuestra pregunta. Pregunta qué culto rinden á Dios los sectarios de la ley natural: "Un culto completamente de acción, dice; la práctica y la observancia de todas las reglas que la suprema sabiduría ha impuesto á los movimientos de cada ser, reglas eternas é inalterables por medio de las cuales mantiene el orden y la armonía del universo, y que, en sus relaciones con el hombre, componen la ley natural." Esto vale más, nos parece, que los huevos y los pescados que los cristianos romanos comen en la cuaresma.

La moral evangélica es el caballo de batalla de los defensores del cristianismo. Hemos dicho en otro lugar que los filósofos contribuyen á falsear las ideas respecto á la moral cristiana, representándola como un tipo, como un ideal, aunque ellos mismos se guardan bien de practicarla, por una excelente razón, porque es impracticable; y es impracticable, no porque sea demasiado sublime, como dicen los ortodoxos, sino porque está falseada por un espiritualismo excesivo. Hay un principio verdadero en el Evangelio. Jesucristo dice á sus discípulos: *Sed perfectos como vuestro Padre en los cielos*. Todas las sectas religiosas, todas las escuelas filosóficas aceptan esta regla de la vida; pero falta saber lo que es la perfección: este es el punto esencial. Los cristianos la cifraron en huir del mundo, en abandonar la ciudad, en despreciar

la propiedad, en desdeñar el matrimonio. Esta perfección conduce directamente al monacato. ¿Es este el ideal de nuestro destino? Esto equivaldría á decir que el ideal de la vida es la muerte. Escuchemos respecto á esta cuestión al *Catecismo del ciudadano*; no hay otra más capital.

Hay en los filósofos del siglo XVIII una idea común á todas las escuelas, la de que la felicidad es el fin de nuestro destino. Es una falsa concepción que se presta á los más peligrosos extravíos. ¿No se podría deducir de ella con los materialistas que la felicidad consiste en el placer? Volney rechaza esta doctrina: "El placer, dice, como el dolor no son el objeto principal de nuestra existencia; el placer es un estímulo para vivir." Volney no admite, y tiene razón, que la felicidad sea considerada como el fin supremo del hombre: "Es, dice, un estado accidental que no tiene lugar más que en el desenvolvimiento de las facultades del hombre y del sistema social; no es el fin inmediato y directo de la naturaleza." El precepto *fundamental y único* de la ley natural, en lo que concierne al destino humano, es, según él, la *conservación de sí mismo*. Pero ¿qué entiende por este precepto, que puede ser también muy mal comprendido? Quiere el completo *desenvolvimiento de nuestras facultades*, lo cual le conduce á esta fórmula: "La perfección y la virtud consisten en el desenvolvimiento y el buen empleo de nuestras facultades."

El principio del *perfeccionamiento* hubiera podido ser formulado con más precisión; pero tal cual es explicado por Volney es infinitamente superior á la ley de renuncia y abnegación en cuya práctica cifran los cristianos la perfección: hablamos de los verdaderos cristianos, de aquellos que toman por lo serio el espiritualismo evangélico, y no de los que tratan de evadirse de él por medio de mil subterfugios, más dignos de jesuitas que de discípulos de Cristo. Es preciso permanecer en la sociedad y no huirla; es preciso desenvolver nuestras facultades y no sepultarlas en la sociedad matando el cuerpo y la inteligencia, para labrar nuestra salvación. Sin embargo, hay una laguna en la ley de Volney. Los cristianos se preocupan exclusivamente de la vida futura; Volney no habla de ella; no la niega, pero tampoco la toma en cuenta. Esto es mutilar al hombre. ¿Cómo puede comprenderse su destino, si no se le reconoce ni pasado ni porvenir?

Volney es un hijo del siglo XVIII, no hay que

olvidarlo; esto hace la superioridad de su ley natural sobre la moral cristiana, pero esto explica también sus lagunas; esto es la razón por la cual su doctrina es una ley y no una religión. El hombre se halla circunscrito á esta tierra; en este círculo estrecho, el filósofo triunfa de los teólogos. Volney no hace gran caso de las virtudes que la teología coloca en primera línea. La fe es la virtud por excelencia del cristiano ortodoxo; esto es tan cierto, que las virtudes morales no sirven para nada á los que no tienen la fe: son espléndidos pecados, dice San Agustín. ¿Qué es, pues, la fe? La creencia en misterios y en dogmas que traspasan la razón. Volney tiene hacia esa singular virtud todo el desdén de un discípulo de Voltaire: "La fe es la virtud de los *engañados* en beneficio de los *bribones*." No, la fe no es necesariamente un engaño; pero cuando enseña á los hombres á pagarse con palabras de las cuales hace una condición de salvación, cuando les ordena abdicar su razón para creer como ciegos, ¿no se convierte en instrumento de dominación para un sacerdocio ambicioso? Es cierto que en el seno de la Iglesia romana hay *engañados*, éstos son los creyentes, y *bribones*, éstos son los malignos que explotan la credulidad de los simples.

Volney no tiene por la moral cristiana el respeto que la profesaba Rousseau. ¿Hace mal? Los que admiran la perfección del Evangelio admiran lo que no conocen. Es cierto que estas pretendidas virtudes son tan extrañas á nuestras costumbres que nos cuesta trabajo comprenderlas. La virtud evangélica por excelencia es la humildad; los Padres de la Iglesia llaman á Jesucristo doctor de humildad. ¿Qué piensa de ella Volney? Lo que pensamos todos, excepto aquellos que afectan una humildad que está lejos de su alma: "La humildad, dice el *Catecismo del ciudadano*, no es una virtud, porque está en el corazón del hombre despreciar secretamente todo lo que le presenta la idea de una debilidad, y el envilecimiento de uno alienta en el otro el orgullo y la opresión."

La humildad, tal como el Evangelio la prescribe ó la aconseja, es la abnegación de la individualidad humana, es decir, que mata al hombre en su esencia. ¡Singular medio de perfeccionarle! El hombre no puede hacer progresos en la virtud sino luchando contra los malos instintos que están en su naturaleza. Necesita, pues, toda la energía de

su personalidad. Ahora bien, la humildad cristiana mata la fuerza del individuo: es una virtud de fraile, no es una virtud de ciudadano. Es cierto que la individualidad no debe ser muy exaltada, es preciso que la modere la caridad. Como dice Volney, hay que tener una balanza. La *ley natural* ordena también el perdón de las injurias, pero únicamente en tanto que este perdón esté conforme con la conservación de nosotros mismos. No impone el precepto de volver la otra mejilla cuando se ha recibido una bofetada. Esta máxima, tomada á la letra, alienta al malvado á la injusticia. La *ley natural* ha sido más sabia, prescribiendo "una medida calculada de valor y de moderación, que hace olvidar una primera injuria de vivacidad, pero que castiga todo acto que tienda á la opresión."

Jesucristo, en su humildad, glorificaba á los pobres y maldecía á los ricos. Hé ahí una virtud cristiana que los pueblos han olvidado completamente. ¿Quién tiene razón, la economía política ó el Evangelio? Escuchemos á la *ley natural*: "La pobreza no es un vicio, pero menos aún es una virtud, porque está mucho más próxima á perjudicar que á ser útil; generalmente es el resultado del vicio ó principio de él. En efecto, todos los vicios individuales conducen á la indigencia, á la privación de las necesidades de la vida; y cuando un hombre carece de lo necesario, está muy cerca de procurárselo por medios viciosos, es decir, perjudiciales á la sociedad. Todas las *virtudes* individuales, por el contrario, tienden á proporcionar al hombre una subsistencia abundante; y cuando tiene más de lo que consume, le es mucho más fácil dar á los demás y practicar los actos útiles á la sociedad."

Si oponemos los sentimientos de la humanidad moderna á los del Evangelio, y si les damos la preferencia, es tan sólo por lo que tienen de legítimo. Hay una lepra que roe nuestra sociedad, las necesidades facticias, la pasión de los goces materiales. Los defensores del cristianismo acusan á la filosofía, y principalmente á la del siglo XVIII, de haber desarrollado este vicio. Volney al formular á fines de este siglo las máximas de los filósofos, va á decirnos si es fundada la censura que se les hace: "El lujo, dice, es un vicio para el individuo y la sociedad, hasta el punto de que puede decirse que abraza con él á todos los demás, porque el hombre que se crea la necesidad de muchas cosas,

se somete por esto á todos los medios justos ó injustos de su adquisición. Tiene un goce, necesita otro, y en el seno de lo superfluo, no es nunca rico. Para satisfacer tantos gastos, necesita mucho dinero; y para procurárselo, cualquier medio le parece bueno y hasta necesario; toma prestado primeramente, después lo sustrae, pilla, roba, hace bancarrota, está en guerra con todos, arruina y se arruina. Si el lujo se aplica á toda una nación, produce en ella en grande los mismos estragos; se encuentra pobre con la abundancia, se arruina y cae en la disolución. Estando ávidos de goces todos los ciudadanos, se colocan en lucha violenta para procurárselos; todos se perjudican ó están dispuestos á perjudicarse... Del lujo nace la avaricia; de la avaricia, la invasión por medio de la violencia, por medio de la mala fe. Del lujo nace la iniquidad del juez, la falta de probidad del esposo, la prostitución de la mujer, la avaricia del amo, el pillaje del servidor, el latrocinio del funcionario... De modo que con un sentido profundo de verdad, los antiguos moralistas habían fundado las virtudes sociales en la sencillez de costumbres, la restricción de las necesidades y el contentarse con poco..."

Hemos citado este largo trozo del *Catecismo* de Volney para contestar á las calumnias de que es siempre blanco la filosofía por parte de los católicos. Si tuviéramos predicadores de la *ley natural* que predicasen siempre y sin cesar contra las necesidades facticias, ¿no serían estos sermones más saludables que los que se declaman en los pulpitos de verdad respecto á la Inmaculada Concepción? Se dirige además otra censura á los filósofos: se hace también otro elogio de la moral evangélica, se pone en las nubes la pureza de ésta, y se acusa á aquéllos de fomentar pasiones impuras. La verdad es que la moral evangélica es falsa á fuerza de exageración. Vamos á ver si la *ley natural* es una ley de impureza. Jesucristo murió virgen, y San Pablo dice que el matrimonio no es bueno sino como remedio para la enfermedad de la incontinencia. ¿Es este el ideal de la humanidad? Este es el ideal de los monjes: "La castidad absoluta no es útil ni á la sociedad, ni al individuo; es perjudicial á ambos. Por lo pronto, perjudica á la sociedad, en cuanto á que la priva de población, que es uno de sus principales medios de riqueza y de poder, y además en cuanto á que los célibes limitan

todas sus miras y sus afecciones al tiempo de su vida, y por lo general tienen un egoísmo poco favorable á los intereses generales de la sociedad. En segundo lugar, perjudica á los individuos que la practican, porque los despoja de una multitud de afecciones y de relaciones que son el origen de la mayor parte de las virtudes domésticas y sociales..." ¿Es esto decir que la *ley natural* va á predicar la promiscuidad, la prostitución y el libertinaje? "Prescribe la continencia, porque la moderación en la más viva de nuestras sensaciones es, no tan sólo útil, sino indispensable para la conservación de las fuerzas y de la salud... Prohíbe el libertinaje por los innumerables males que de él resultan para la existencia física y moral..."

Es cierto que la religión cristiana tiene virtudes y prácticas que la *ley natural* ignora. La Iglesia católica tiene todo un sistema de penitencias: las oraciones, los votos, las ofrendas á Dios, los ayunos, las mortificaciones. Su legislación penitenciaría puede ser útil á los pueblos bárbaros, pero desarrolla la verdadera moralidad. Como reparación del mal hecho por el pecador, es evidente que todas esas buenas obras son inútiles. Faltan, pues, al fin de la justicia. Porque si el sacerdote hace la remisión de los pecados al que se somete á sus penitencias, "son un contrato perverso por medio del cual un hombre vende á otro un bien que no le pertenece." Hay que decir más: "son una verdadera depravación de la moral, porque alientan á consumir todos los crímenes con la esperanza de expiarlos..."

Es casi inútil hablar de la abstinencia, esta virtud por excelencia de los monjes, cuando toman por lo serio la perfección monástica. Conduce á la locura de San Bernardo, de la que participaba Pascal; la salud viene á ser un mal, y la enfermedad el estado natural del cristiano. Volney dice que la abstinencia es una excelente cosa cuando se ha comido demasiado; á este título, debía ser una virtud muy necesaria en los conventos, si se cree la crónica escandalosa; pero en la vida real, rehusar los alimentos al cuerpo cuando tiene necesidad de ellos, dejarle sufrir el hambre ó el frío, "es un delirio y un verdadero pecado contra la *ley natural*..."

La *ley natural* de Volney se titula *Catecismo del ciudadano*, y es una ley para la vida civil; todos sus preceptos se refieren al hombre social, y con razón, porque el hombre no existe más que en el

estado de sociedad. ¿Qué es el bien según esta moral? "Es todo lo que tiende á conservar y á perfeccionar al hombre." ¿Qué es el mal? "Es todo aquello que tiende á destruirle y á deteriorarle." ¿Qué es un pecado, según la *ley natural*? Es todo aquello que tiende á perturbar el orden establecido por la naturaleza para la conservación y la perfección del hombre y de la sociedad." ¿Qué son la *virtud* y el *vicio*? "La virtud es la práctica de las acciones útiles al individuo y á la sociedad. El vicio es la práctica de las acciones perjudiciales al individuo y á la sociedad." Esta es la moral que nos dicta la conciencia. Añadimos que esta es la religión de todos nosotros. Hablamos hasta de la masa de los cristianos. Hay aún alguno que otro perfecto á la manera de los monjes, algunos candidatos á la santidad. Esta es una perfección del otro mundo. Desgraciadamente esas gentes, tan perfectas para el séptimo cielo, apenas lo son para nuestra miserable tierra. Preferiríamos verlos menos perfectos y llenando los deberes que les impone la sociedad, mientras que muchas veces esos elegidos de Dios violentan los deberes sociales; por la salvación de su alma, bien entendido, pero también en beneficio de su Iglesia. Esta es la caricatura de la religión de Cristo, religión del otro mundo es cierto, pero que tiende á lo menos á santificar al hombre interior.

N.º 2. — Platón Blanchard.

Camilo Desmoulins, testigo de las orgías del 93, dice que el ateísmo es mal medio para curar las almas de la superstición. Citemos sus palabras: "Cloutz y Chaumette creen empujar la rueda de la razón, mientras que es la de la contrarrevolución la que empujan; y muy pronto, en vez de dejar morir en Francia de vejez y de inanición al papismo á punto de dar el último suspiro, con la persecución y la intolerancia contra los que quisieran decir misa ó asistir á ella, os aseguro que pasarán muchos reclutas á Lescure y á la Roche-Jacquelin" (1). Nada más cierto. De aquí vino la reacción católica que se hizo á seguida de la Re-

(1) *El Vieux Cordelier*, núm. 11 (colección de BAUDOUIN, tomo XLVII, p. 41).